

MS 303
1024/1264
C.1

Domingo 12 de Junio de 1921

LOS DEL COPIHUE ROJO

"Soy una chispa de fuego
Que del bosque en los abrojos
Abro mis pétalos rojos.
En el nocturno sosiego.
Soy la flor que me despliego,
Junto a las rucas indianas.
La que, al nacer las mañanas
En las cumbres soñolientas
Abre sus hojas sangrientas
Cual lágrimas araucanas".

He aquí los hombrés del copihue rojo.

Haciendo caso omiso de las altas insinuaciones sobre el frac, modestamente vestidos como corresponde a los representantes de la democracia, hicieron irrupción, el 1º de Junio, en el recinto de la Cámara, llevando en la solapa, por insignia, la simpática flor de la selva araucana.

También ellos, como su símbolo florido, representan y encarnan todos los matices del rojo, desde el vermellón subido al rosa pálido que llega a confundirse con el blanco.

Sin duda alguna el más rojo de todos estos copihues, es el diputado Chanck, hombre de guerra que a dar fe a los telegramas de su contendor señor Smifman viene aún teñida en la sangre de la última campaña.

Acaso en este coro - que ha sorprendido nuestro dibujante en los momentos en que los diputados demócratas, con la partitura en la mano, ensayan la canción del copihue - sea el señor Chanck la voz mas autorizada para entonar el primer verso tan incendiario y tan romántico:

"Soy una chispa de fuego..."

A su derecha el diputado por Lebu, señor Pradenas Muñoz, sin haber tenido aún tiempo de lavarse las manos renegriás en el duro trabajo de las minas, mira alternativamente con cierta desconfianza a su colega y el saco de carbón, temeroso de que alguna de esas chispas pueda incendiarle el combustible.

En cambio, el señor O'Ryan, hombre avezado en la labor parlamentaria, , sonrie satisfecho y se deleita con el canto.

Altivo, un poco solemne, con un reloj en la mano, - como Carlos V en Yuste - pero menos desilusionado de la política que el César español, don Vicente Adrián controla el tiempo a los cantantes; se distrae don Róbinson Paredes; lleva el compas con las tijeras don Artemio Gutiérrez, y dirige la batuta con la navaja de afeitar el señor Læckie, mientras, a su espalda, don Nolasco Cárdenas sueña con planes pacifistas, y don Luis Correa, con la huincha al hombro, se dispone a llevar la voz de bajo.

Sólo falta en el coro del copihue el señor de la Vega, para que la representación demócrata esté completa.

Pero eso poco importa. Así y todo, el grupo es tan variado, cuenta con hombres de ideas, opiniones y oficios tan diversos, que puede asegurarse de antemano, que su "debut" constituirá un espectáculo atrayente y de gran éxito en la Cámara.

Hay, desde luego, allí, dos sastres que pueden "tomar medidas" para salvar la situación; un pacifista salomónico para arreglar de una plumada el conflicto del norte; un hombre de batalla - el señor Chanck; - varios parlamentarios distinguidos; y, finalmente, dos hombres que se completan y que, puestos uno al lado del otro, con sus respectivos atributos, parecen una "frase hecha". El señor Adrián, con su cronómetro, resuelto a que el Gobierno del país marche como

un reloj, y el señor Leckie, que esgrime la navaja y el hisopo del jabón, con aire de decir, a los malos gobernantes, que bien pueden desde luego, echar su barba en remojo.

El país espera el canto de los Hombres del Copihue y se prepara a aplaudirlos.

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile